

ADES EDICIONES

Novela

El nubí

Manuel Navas Cernuda



Mundo renasco I

COPYRIGHT

© Manuel Navas Cernuda, 2011

© ADES EDICIONES, 1ª edición electrónica, Madrid, febrero de 2012

ISBN13: 978-84-939841-3-7

ISBN10: 84-939841-3-2

ISBN 84-939841-3-2



ADES EDICIONES (ADES C.B)

c/ Alberto Aguilera 58, Bajo Derecha

28015 Madrid (España)

<http://ades-ediciones.com/>

DISEÑO DE PORTADA Y MAQUETACIÓN

© Edición Virtual, Madrid, 2012

<http://edicionvirtual.com/>

REVISIÓN DE TEXTO

© rhetoriké, Madrid, 2012

<http://rhetorike.com/>

Manuel Navas Cernuda

El nubi

(Mundo renasco I)

NOTA PRELIMINAR

MENSAJE EN UNA BOTELLA

I). La botella

1. El descubrimiento de la nave *Mundo Renasco*

Hace ya tres años, la prensa se hizo eco del hallazgo: en una pequeña población de la costa oriental –cuya fama no contribuiré a incrementar, porque creo que sus honrados habitantes no merecen más molestias de las ya sufridas– cinco pescadores hallaron una embarcación que había encallado en la arena. La nave parecía haber perdido el arbolado durante el huracán que esos días azotaba la zona. Sus descubridores creyeron erróneamente que era de procedencia italiana por el nombre pintado en el casco, que no entendieron, y que en realidad estaba escrito en lengua española, *Mundo Renasco*, pero no llevaba bandera ni otros signos con los que poder averiguar su nacionalidad. Al abordarla, descubrieron otras cosas sorprendentes: primero, estaba fabricada en madera, material poco usado en los astilleros actuales, y calafateada con estopa y brea, de lo cual dedujeron que sería de construcción antigua o artesanal; segundo, no tenía mástiles ni había indicios de que los hubiera tenido jamás, y como carecía de otro motor visible, contra toda lógica, no fueron capaces de comprender cómo podía impulsarse; lo tercero fue que tampoco encontraron timón ni forma de gobierno conocida, y por eso algunos la describieron como «una cáscara de nuez», concebida para flotar en el agua al capricho de las corrientes, con una cubierta plana en la que no había nada, salvo una única trampilla sellada con alguna sustancia impermeable que debía de conducir a la bodega. Pensando que sus posible ocupantes podían estar en el interior y necesitar de auxilio urgente, después de gritar y de dar golpes sin obtener ninguna respuesta, procedieron a romper el sello y a entrar. Pero allí no había nadie, ni vivo ni muerto; solamente encontraron libros y libros cuidadosamente colocados y amarrados en estantes, que no se atrevieron a tocar por no cometer algún delito. Alguien comparó entonces aquel barco con una gigantesca botella

que las corrientes hubiesen traído a nuestras playas portando un mensaje —los libros— desde algún lugar desconocido.

Ya que no había colegas a quienes prestar ayuda, ni nada que tuviese valor inmediato para ellos, los pescadores se fueron del lugar. Comunicaron en la comisaría local que habían avistado los restos de un naufragio, por supuesto sin hablar de la inspección realizada ni mencionar otros detalles, con lo cual las autoridades pensaron que podría haber supervivientes y, como es obligatorio en estos casos, enviaron bomberos y sanitarios para hacerse cargo del rescate y consecuente cuidado de los potenciales náufragos. Tras comprobar que no era necesaria la presencia de tanta gente, solo quedaron en el sitio cuatro agentes de policía para montar guardia, a la espera de que acudieran de la capital los expertos funcionarios responsables de catalogar los descubrimientos de este tipo.

Al día siguiente, un acontecimiento más grave llamó la atención de muchos ávidos periodistas, y es la razón de que acudieran allí por docenas: los cadáveres de los cuatro guardias presentaban evidencias de haber sido asesinados, y el *arca* —como quisieron bautizarla los medios— ardía en llamas. No fue posible apagarlas antes de perder la embarcación y, supuestamente, su misterioso contenido, y solo pudo iniciarse una investigación de los hechos que todavía no se ha cerrado. Para desgracia de esa población, sus habitantes han sido considerados sospechosos del cuádruple crimen uno tras otro, aunque ninguno acusado formalmente todavía. No me cabe duda de que pronto serán descartados, pues he hablado con todos en varias ocasiones, y creo que ninguno de ellos tuvo que ver con el trágico suceso. Aunque la condena pública siempre es anterior a la judicial, y la excesiva cobertura mediática ha hecho que personas morbosas y de poca calidad humana se hayan acercado a curiosear, por conocer a los presuntos asesinos y destructores de un también presunto patrimonio.

Huelga decir que los libros se perdieron. La pregunta fue entonces y sigue siendo ahora la siguiente: ¿desaparecieron antes o durante el incendio?

2. Los libros perdidos

Apenas un año después de lo acaecido en la playa, se decía en los círculos académicos que los volúmenes que aquellos pescadores juraban haber visto se habían salvado del incendio, tal vez porque fueron robados por la misma persona que debió de provocarlo. Al principio no presté demasiada atención a estos chismes, sabiendo que todo lo relacionado con esta desgraciada historia era —y sigue siendo— objeto de interés para detectives de todas las agencias, por la publicidad

que el caso conlleva, y que ellos mismos podían haber hecho correr esas afirmaciones. Pero también supe que en las librerías de viejo de medio mundo empezaron a aparecer obras que presumían proceder de la bodega de la embarcación siniestrada, y que muchos coleccionistas las adquirirían a precios escandalosos. Uno de estos, menos confiado que otros, me consultó sobre la autenticidad de una de ellas antes de comprarla, y el librero accedió amablemente a prestármela para un examen.

El texto estaba manuscrito, imitando una escritura tal vez antigua, exótica, pero a simple vista se percibía que era de manufactura reciente. Por si no bastara mi humilde experiencia bibliográfica, hallé entre las páginas una nota suelta, una octavilla impresa por medios electrostáticos, en la que un anónimo amanuense advertía que aquel libro era una copia —realizada a mano y a pluma, eso sí— de uno de los originales que según los rumores fueron recuperados del *Mundo Renasco* antes de que este ardiera... A pesar de todo, pretendía leerlo y estudiarlo a fondo, pero antes hice que varios expertos sometieran el papel y la tinta a diversas pruebas que aportaran base tanto a mis sospechas como a la inusitada advertencia. Los análisis confirmarían que el volumen había sido compuesto de forma artesanal con materiales actuales, corrientes, baratos y disponibles en el mercado, solo un par de semanas antes de que llegara a mi poder, y que por tanto no podía haber estado jamás en la bodega de un barco desaparecido entre las llamas un año antes.

Aunque no había duda de que poseía un libro que no podía valer ni la décima parte de su precio, la historia que en él leí, y las circunstancias extrañas que lo envolvían bastaron para que me involucrara en las pesquisas —no policiales, sino históricas, literarias y bibliográficas— del fenómeno que ya se ha dado en llamar, como el arca perdida, *Mundo Renasco*. Para ser sincero, tengo que decir que me obsesioné con aquel libro y con todo lo que tuviera que ver con él y sus circunstancias. Mientras recorría nuestra pintoresca campiña en un autito azul, disfrutando de la compañía de una persona entrañable que no se merecía la indiferencia a que de pronto se vio sometida, leí y releí la obra que el azar me había proporcionado. En seguida me quedé solo, comprendo que por mi culpa, aunque debo decir que también libre para indagar y seguir innumerables y a menudo infructuosas pistas. De una fui saltando a otra, frenéticamente, al tiempo que mi maleta viajaba por medio mundo —a veces estuvo en lugares a los que nunca he ido, pero esa es otra cuestión, relacionada con los aeropuertos— en una búsqueda poco recomendable de obras semejantes.

El resultado de dos años y medio de trabajo no es tan bueno como esperaba, pues no he podido hallar ni uno solo de los libros auténticos de la embarcación siniestrada. Con mucho esfuerzo, y un gasto insostenible para mi precaria economía, he logrado localizar algunos de los volúmenes que circularon por las librerías, y recomprarlos a sus primeros poseedores. Todos ellos son manuscritos, pero también todos copias —realizadas a mano, como la primera, y copias únicas, no ejemplares repetidos— de algunos títulos de esos escurridizos originales.

Una buena parte de ellos contiene también la misma nota de advertencia que antes he mencionado, y eso me induce a pensar que probablemente todos llevarán una, y que algunos coleccionistas no la vieron, lo cual explicaría que ahora yo la haya encontrado; otros, quizá, se deshicieran de ella para hacer pasar su copia por original ante los frívolos invitados de sus fiestas, y tal vez la simple vanidad sea la razón de que varias de las obras no conserven ya esa octavilla entre sus páginas. En cualquier caso, debe quedar bien claro que ninguna de ellas es original, ni tiene sentido por tanto usar métodos físicos o químicos para estudiar su procedencia. La autenticidad de los textos del *Mundo Renasco* es tan probable en estos momentos como su falsedad. Personalmente, quiero suponer que los originales existieron, y que los volúmenes que yo poseo son copias de estos, realizadas por un desconocido copista —o por varios— que intentó ser fiel y honesto al reproducirlos.

De la honestidad, parece prueba suficiente la nota de advertencia, nada corriente cuando se trata de falsificaciones. En cuanto al supuesto de fidelidad, no es algo nuevo en mi profesión, sino cotidiano: muchas obras de la Antigüedad famosas no han llegado a nuestros días más que por referencias externas, o por compilaciones posteriores, y aun así se publican diariamente cientos de estudios sobre ellas. Basten como ejemplo las de Homero, las de Platón o, sin ir más lejos, los libros de la Biblia cristiana. Para los textos del *Mundo Renasco* pido el mismo trato.



II). El mensaje

1. «Mundo» y «renasco»

El nombre de la misteriosa nave, *Mundo Renasco*, no es casual ni fruto de un capricho: deduzco que ese arca cargada de libros pretendía dar a conocer un país llamado Renacimiento, que se encuentra en una tierra desconocida para nosotros. Los términos *renasco* y *renacentista* son gentilicios, designan a los habitantes de dicho país y, además, *renasco* también es el nombre de la lengua que estos hablan, que parece ser una variante del español o de algún dialecto del mismo. Se trata del idioma más hablado en esa tierra, pero hay otros, y no ha dejado de sorprendernos el uso de vocablos arcaicos para nombrarlos —*anglo*, *luso*, *germano*— en vez de sus posibles equivalentes actuales —inglés, portugués, alemán— que no se mencionan en ningún momento. Esto ha llevado a algunos a pensar que Renacimiento existió en un tiempo anterior al nuestro. No hay datos que sustenten esa creencia. Podríamos estar ante obras del pasado, del futuro o del presente e incluso, como se han atrevido a postular algunos osados, de un universo paralelo.

La influencia que Renacimiento ejerce sobre otras naciones de su entorno aconsejan la expresión «mundo renasco» —del mismo modo que se llamaba «mundo romano» a los territorios que fueron influidos por Roma en la Antigüedad— para denominar a en conjunto a todos los países de esa región. En realidad, se trata de eso, de un mundo —y de ahí el nombre— con sus pueblos, leyes, costumbres, lenguas, guerras, religiones... Un lugar desconocido para nosotros, a veces exótico y otras demasiado familiar, pero un mundo en definitiva.

Alguien me ha sugerido que podría estar en otro planeta, pero las alusiones al Sol en las obras que he podido leer, y sobre todo a la Luna, parecen invalidar esa hipótesis. Que no podamos identificar esa tierra ni el mar que baña esas costas, ni reconocer ningún topónimo de los mencionados en los textos no invalida el hecho de que cada uno de los que he logrado examinar versa sobre este mundo y las gentes que lo habitan. Que todo sea real, o producto de algunas mentes quizá demasiado imaginativas, cada cual tendrá que decidirlo por sí mismo.

2. El sitio web *mundorenasco.com*

La página <http://mundorenasco.com>, pretende recoger cuanta información exista sobre el *Mundo Renasco* y los libros perdidos en su incendio. Además de permitir a los internautas el participar activamente en una posible aventura, ofrece el

mejor modo de difusión para las obras que no me cabe duda irán apareciendo. Nos gustaría contar con el mayor número posible de novelas, relatos, mapas, ilustraciones, canciones, etc., y publicarlas en estas páginas y —¿quién sabe?— en algún otro medio.

Los científicos de todo el planeta vienen utilizando desde hace décadas la Red para compartir sus descubrimientos en tiempo real. Los hombres de letras, o de humanidades, por llamarnos de algún modo, somos un poco reacios a abandonar viejas costumbres, a pesar de que nos hemos visto obligados a vivir entre dos mundos que inevitablemente se superponen. De un lado, idolatramos el libro como algo físico, ese objeto paralelepípedo que ha circulado por ahí en el último milenio —cito de memoria o, mejor dicho, parafraseo a Italo Calvino— con el que aprendimos el alfabeto y a leer, porque ha llenado parte de nuestras vidas; de otro, los «nuevos» medios de comunicación parecen ofrecernos una infinitud de posibilidades que la tradicional imprenta no podría siquiera soñar. Por eso, cuando me propuse recuperar en lo posible los libros perdidos del *Mundo Renasco*, lo primero que pasó por mi mente fue crear un sitio web al que cualquiera pudiese tener acceso. Debía encontrar el modo de que la gente que poseyera algún texto se sintiera libre de enviarlo, dando su verdadero nombre o un pseudónimo, y de que quienes quisieran opinar sobre todo esto pudiesen hacerlo, sin censura, amparándose en el anonimato o divulgando su identidad a los cuatro vientos, según fuera su deseo. Y después de vencer la dificultades técnicas que para los no iniciados en la Informática tienen este tipo de empresas, la página nació por fin en el dominio <http://mundorenasco.com>.

Esperamos tu ayuda. Si tienes algo que crees que puede pertenecer al mundo renasco, no dudes en enviarlo.

3. Esta obra: *El nubi*

Prologar una novela no leída es un riesgo, y no quiero incurrir en la imperdonable falta de revelar el final al lector. Había pensado en un epílogo para evitar eso, pero he llegado a la conclusión de que es preferible que aclare algunas cosas que considero imprescindibles para abordar esta lectura. Procuraré ser cauto.

La historia narra las aventuras de un joven, en concreto lo vivido por él entre los días 12 y 30 del mes de abril de un año de una era que no es la nuestra —el año 207 de la Erasmia— en una región también desconocida para nosotros. Es decir: ignoramos dónde y cuándo transcurre la acción exactamente, porque no tenemos referencias geográficas para ubicar dicha región, ni cronológicas para

saber en qué época tienen lugar los hechos, sean ficticios o no, que la novela registra. Aunque sí podemos decir que fue compuesta en el año 237 de la Erasmia, según su autor y protagonista, Sa Van Leunam, quien parece haberla escrito partiendo de los diarios que él mismo llevaba treinta años antes. Averiguar qué es la Erasmia no será difícil, pues la obra lo explica en el primer capítulo y va dando muestras de su naturaleza a lo largo de los siguientes, por lo que no voy a anticiparlo.

En cuanto a su estructura, la novela se divide en cuatro libros: el primero registra lo sucedido entre los días 12 y 13, el segundo abarca los días 13 y 14, el tercero del 15 al 17, y el cuarto y último comprende desde el 18 hasta el 30. Creo que a esta novela siguen otras, que aún no hemos logrado obtener, pero que ofreceremos al público —al menos así lo espero— en cuanto nos sea posible.

Esta edición ha tratado de imitar la tipografía del manuscrito original en la medida de lo posible en las portadas de cada libro y en los títulos de cada capítulo, aunque no en el texto general, por razones prácticas, técnicas, y por comodidad en la lectura. También se han respetado las citas de otras obras incluidas por el autor, aun cuando no hemos podido verificar la existencia de estas. Por lo demás, añadimos notas a pie de página para explicar situaciones o conceptos que nos han parecido oscuros o simplemente curiosos.

Voy a terminar resumiendo la trama: el protagonista, Leunam, se ve obligado a emprender un peligroso viaje. A lo largo de sus andanzas y con la aparición de una serie de *dramatis personae*, encontrará la amistad y el amor, libros, traiciones, culturas, mitos, batallas, predicciones, magia y pocas, muy pocas respuestas a todas sus preguntas.

Espero sinceramente que el lector pueda hallar en estas páginas mucho más que él, y que el humilde autor de esta nota.

Manuel Navas Cernuda.

Mundo renasco

El nubi

redactado con los diarios de

Sa Van Leunam

237 (A.E.)

Mundo renasco

El nubi

LIBRO PRIMERO

redactado con las anotaciones del diario de

Sa Van Leunam

correspondientes a los días 12 y 13

del mes de abril del año de la Erasmia de 207

237 (A.E.)

1.- En el principio

Preámbulo

La Erasmia o Sociedad Erásmica es una organización plural y jerárquica de hombres ilustres. Tiene como objetivos la adquisición, enriquecimiento y transmisión del conocimiento holístico del mundo.

Anónimo

Libro de la Ley

Terribles fueron los Celes con sus súbditos y terribles fueron entre ellos, pues se sentían solos. Como cachorros abandonados por sus padres, peleaban unos con otros desde la aurora hasta el ocaso. Cada uno quería ser el más sabio, cada uno quería ser el mejor, cada uno pretendía gobernar el mundo. Erigieron las fortalezas de los Montes Brumosos y las habitaron durante mucho tiempo, haciendo la guerra entre ellos y trayendo a todos el dolor y la muerte.

Anónimo

Libro del Fundador

La noche que conocí a Mika Voreno quedó grabada para siempre en mi memoria, ahora cada vez más terca, pero entonces limpia y ávida de crear nuevos recuerdos, como debe serlo la de un muchacho de quince años. Revivo como si fuera hoy la sensación que sentí al oírle hablar, relatando sucesos terribles, en aquella cocina de la escuela que era entonces mi hogar y mi prisión. Pude adivinar por su voz que se trataba de un hombre poco corriente, y que en la aparente sencillez de sus frases se ocultaba esa secreta y extrema complejidad de que solo son capaces los hombres ilustres. Y aunque luego sería mi maestro, y durante nuestras andanzas por todo el mundo habría de conocerle mejor, y aprendería a apreciar el cuidado con que escogía sus palabras, las bromas toscas o sutiles que le divertían, los ademanes benévolos o airados que se permitía según en qué momentos, e incluso las irritantes preguntas con que acostumbraba

responder a las mías, jamás me ha abandonado aquella primera impresión que tuve de él cuando ni siquiera había visto su venerable rostro.

Hoy, apenas tres días después de incinerar su cuerpo, de que sus cenizas se hayan dispersado en el viento de la Meseta, quiero dejar constancia de que durante estos años Mika ha sido mi lámpara y mi bastón entre las sombras de la ignorancia, pues me enseñó cuanto he podido aprender, y si no fue todo lo mucho que él sabía se debe más a mi ineptitud que a su deseo. Jamás evitó dar una explicación ni aplicar un ejemplo para lograr que mi torpe mente comprendiera conceptos complicados, pero también los evidentes y simples. Trató de infundir en mí el tremendo respeto que sentía por la verdad porque, afirmaba, *es más fácil de recordar que la mentira*. Y también fue él quien me mostró el inmenso valor de las palabras, al exigirme que conociera su significado actual y también lo que significaron algún día, porque las lenguas antiguas encierran los misterios del neblinoso pasado y del ignoto futuro, y *son parientes de la nuestra, madre de las que están por venir*, como decía a menudo... No olvidaré jamás sus enseñanzas, que he procurado observar con mayor o menor fortuna, y cuando yo muera es preciso que otros las recuerden, pues en esta época oscura es recomendable que los jóvenes conozcan y admiren a los grandes hombres que les precedieron, para que les sirvan de ejemplo y alcancen, imitando sus obras, la misma o superior grandeza... Por eso este relato no pretende narrar mis aventuras, ni engrandecer mi nombre, ni mis actos, aunque sea yo quien lo firme, sino que es la historia de mi maestro y de cuantos han vivido su tiempo, o al menos de la parte de sus vidas que he tenido el honor de compartir con ellos.

–Pero, muchacho –diría él si estuviera aquí, con una sonrisa–, te precipitas, no aclaras tus ideas, no sigues un orden lógico...

Y tendría razón. De niño, siempre fui inquieto, incapaz de hablar tan rápido como fluían mis pensamientos, de modo que a veces tartamudeaba o, en el mejor de los casos, prefería guardar silencio, y entonces daba la impresión de no pensar; otras, hablaba con tal rapidez que mutilaba la mitad de las palabras... Esto siempre desesperó a mis educadores y, debo confesarlo, no puedo culparles si a menudo se dejaron vencer por mis muchos defectos. Aunque cuando conocí a Mika ya era adolescente y había superado la mayoría de ellos, todavía quedaba en mí un poso de

impaciencia que él pretendió siempre eliminar, como el buen maestro que era, enseñándome a controlar mis ímpetus, a ocultar la ansiedad que me hacía adelantarme a los acontecimientos. Decía que todas las historias deben comenzar por el principio, y aunque no sé muy bien cómo hacerlo ahora, cuando me dispongo a escribir los últimos años de la suya, quisiera seguir sus sabios y añorados consejos.

¿Qué haría mi maestro? ¿Empezaría hablando de la mañana en que un mensajero trajo la desgraciada noticia que cambiaría nuestras vidas para siempre? ¿O retrocedería aún más, al día en que nací en la lejana aldea de Coque? No lo sé. Quizá comenzaría por determinar un tiempo y un lugar para este relato, por explicar las cosas que deben ser explicadas, aunque hayan sido para mí cotidianas y evidentes. Recuerdo lo que solía decirme cuando comentábamos algún mal libro, de esos que resultan tan irritantes y oscuros que ni siquiera un privilegiado cerebro como el suyo era capaz de soportar:

–Si quieres ser cronista o narrador de historias, no cometas el error de creer que tu lector ha estado en los mismos sitios que tú y visto lo mismo que tus ojos. Tienes que dar detalles, situar bien a los personajes, y contar no solo qué sucede, sino también por qué está sucediendo, e incluso imaginar qué ocurriría de no haber sucedido...

Yo nunca he sido tan hábil ni tan inteligente como Mika, y por eso dudo, y se me antoja difícil entender cuándo y dónde comienza esta historia. Solo tengo claro que no escribo para mis paisanos, y por desgracia quizá tampoco para mis contemporáneos... Decir que aquel jinete llegó a Rosa Amarilla el duodécimo día de abril del 207 A. E. (Año de la Erasmia), ¿puede significar algo para ti, desconocido lector, que probablemente serás extranjero y no sabrás qué fue la Erasmia? ¿Y entenderás siquiera qué significan para nosotros las horas, los días, las semanas...? A lo largo de muchos viajes he visto varias formas de dividir el tiempo, períodos que se nombran de diferente modo e incluso tienen distinta duración en cada pueblo, y por eso pienso que quizá deba aclarar estos conceptos: que para mí un año tenía doce meses, de unos treinta días con sus noches cada uno, y que abril era el mes cuarto; que un día es lo que tarda el sol en recorrer el cielo mientras ilumina y calienta a los mortales, y que la noche consiste en las horas de oscuridad, a veces rasgada por

la luz de la luna y de las estrellas... Añadiré que cuanto pretendo narrar sucedió aproximadamente treinta años antes del día en que yo, cumplidos los cuarenta y cinco, me decido a escribirlo, y cuando mi querido maestro ya había alcanzado los cincuenta.

Tampoco estoy seguro sobre cómo hablarte de mi patria, la nación que en los días de mi juventud dominó el mundo, o lo que al menos yo creía entonces que era el mundo. ¿Qué podría decirte sin faltar a la verdad, sin confundirte deliberada o involuntariamente, sabiendo que al narrar todos interpretamos, falseamos los hechos? ¿Que se llamaba Renacimiento, como su ciudad capital, porque en ella el orden volvió a nacer, según cuentan nuestras leyendas? ¿Que dominaba la parte oriental de una península bañada por el Mar Infinito en sus costas de Levante y del Sur, y que la formaban, además de la metrópoli, otras tres provincias? Escribo estas palabras que me son tan familiares, tan cercanas, tan mías, y me pregunto si servirá de algo, si tendrán algún significado para alguien algún día... Creo que incluiré algunos mapas, aunque nunca fui buen cartógrafo, porque ellos podrán arrojar más luz que un intento por mi parte de dar referencias sin duda arbitrarias, pues no solamente los lugares se llaman de distinta forma en cada país, sino que también van cambiando sus nombres con el transcurso de los años...

No sería extraño que mi maestro empezara describiendo a nuestros compatriotas, los *renacentistas* o *renascos*, pues para él las personas siempre fueron más importantes que las tierras donde estas viven y las fronteras con que se pretende limitarlas. Al hacerlo, habría de confesar que éramos un pueblo arrogante, orgulloso en exceso de sí mismo. Presumíamos de un desconocido origen que muchos, unos crédulos y otros interesados, juzgaban divino. Y sé que en este punto esbozaría una sonrisa, murmurando que él nunca había visto a ningún dios, sin confesar claramente que no creía en ellos, pero dejándolo entender, para continuar diciendo, sabedor de las diferencias raciales entre los seres humanos, que los renacentistas pertenecemos a una sola raza, de piel blanca, con variedades en el color del cabello y de los ojos, pero sin duda con el mismo antecesor primitivo real o legendario, incierto, y en cualquier caso humano. Y que todos *somos mortales y, antes o después, capaces de demostrarlo*, para usar sus propias palabras, pues tal era el modo en que podía mezclar en una

misma frase, y sin el menor embargo, seriedad y alegría. También diría que hablábamos todos una misma lengua, aunque por su alta posición él conociera otras consideradas secretas, como el *anglo*¹, el *luso*, el *romano* o el *franco*. Estaban tan celosamente ocultas al pueblo llano, que el único idioma de cuya existencia este podía tener noticia era el nuestro, el *renasco*. Es una lengua para hablar y de cultura, en la que están escritos los libros más viejos de mi pueblo, y también algunos nuevos, como este que ahora recorren tus ojos. Supongo que tú la entiendes, lector, si estás leyéndome, aunque tal vez en tu época y país no tenga el mismo nombre. Me enseñaron en la escuela que procedía de otra más antigua, llamada *espano*, *ispano*², o algo parecido, pues solo de oídas conozco estos términos. Pero ya nadie la recordaba en mis tiempos, y mucho menos era capaz de hablarla. Para mí y para la mayor parte de mis compatriotas, el mundo se reducía a Renacimiento, y si alguien podía pensar que hubiera otros idiomas en él, los juzgaba dialectos o variantes degeneradas del nuestro. Tal era la arrogancia y estrechez de miras que derrochábamos, nuestra creencia ciega en ser los únicos civilizados y sabios...

Quizá me equivoque al creer que Mika, empezaría a narrar como yo lo estoy haciendo, pero una cosa es segura: especularía de mil maneras sobre nuestro oscuro origen, tema que le interesaba mucho, pues desvelar enigmas era la mayor de sus pasiones y, como solía decirme, el inicio de toda civilización está envuelto en la niebla y es confuso, y solamente los mitos se atreven a registrarlos. Él gustaba de interpretarlos a su manera, esperando hallar en ellos información que sus autores habrían ocultado por uno u otro motivo, y de obtener así distintas conclusiones, a menudo contradictorias, sospecho que por el mero gusto de pensar, de comentarlas, e incluso de rebatirlas por su cuenta, llegado el caso. Esto fue lo que más me gustó de su carácter, casi nada más conocerle, porque le confería un aire de frescura, de rebeldía, de insumisión, pues nos enseñaban en la escuela que los libros debían ser leídos con reverencia, y que por tanto

1 El autor cita lenguas vivas o muertas en su época que al parecer derivaban de otras más antiguas: *anglo* (del inglés), *luso* (del portugués), *romano* (del italiano), y *franco* (del francés). Veremos algunas de ellas en posteriores capítulos..

2 Espano, ispano: evidentemente, el autor quiere decir «hispano», y no «español», como se ha afirmado en algunos estudios. Creemos que pudo confundir dos fonemas palatales, /e/ con /i/, pero no el alveolar /n/ con el palatal /ñ/.

estaba prohibido entender en ellos algo más que el sentido recto y aceptado por todos. Pero mi maestro, a pesar de acatar obediente la mayoría de las normas, no podía evitar el infringir esta porque, decía, está en la naturaleza humana querer saber la verdad, y además no conocía ningún texto donde se expresara por escrito tal prohibición, lo cual equivalía a decir veladamente que nuestros educadores mentían. Aunque entonces yo no creyera cierto tal argumento, y pensara que lo esgrimía solo como excusa por la única falta que su egoísta y ávido intelecto le obligaba siempre a cometer, me agradaba aún más, porque a mis juveniles oídos sonaba atrevido y transgresor, y porque cualquiera que estuviera en contra de nuestros educadores, bajo cuya odiosa autoridad vivíamos los muchachos, se convertía inmediatamente en nuestro aliado.

Ahora sé que también tenía razón en sus afirmaciones, y por eso en estas páginas incluiré poemas e historias, fragmentos de libros que eran conocidos en mi época y de otros que a lo largo de nuestros viajes fuimos encontrando, pues si bien Mika me enseñó que nada puede ser creído en su totalidad, también aprendí de él que en todo lo escrito subyace algún hecho verdadero. Dejaré que tú, lector, además de mis palabras, puedas leer las que otros escribieron y juzgarlas por ti mismo. Y quiero inaugurar esta costumbre reproduciendo ahora unas líneas del *Libro del Fundador*³, de autor anónimo, uno de nuestros textos antiguos más preciados, que precisamente narra una historia increíble y hermosa sobre el origen de mi pueblo:

En el principio los manes⁴ eran semejantes a las fieras salvajes. Vivían en manadas cuando el azar los juntaba. Dormían en el campo bajo las estrellas o en cuevas. Temblaban en la oscuridad y ante las criaturas de la noche. Comían hierbas del bosque y pequeños animales que cazaban con piedras y siempre sentían hambre. Caminaban en todas las direcciones sin orden ni nadie que los guiara.

3 Esta obra nos es desconocida, salvo por las referencias de este texto..

4 Manes: literalmente significa «hombres», en antiguo renasco. Aquí, parece usarse en oposición a «Dioses». El singular es *mane*. Procede del término *man* en anglo.

Y llegaron los Dioses. En verdad eran sabios. Enseñaron a los manes que el tronco de un árbol puede ser un arado o un arco antes de alimentar el fuego. Conocían las medidas del mundo y la magia de la escritura. Podían mirar al cielo y predecir la lluvia. En verdad eran poderosos. La muerte jamás les alcanzaba. Las bestias les obedecían y la tierra les daba su fruto. Tomaron como esposas las más hermosas mujeres y tuvieron hijos. Marcaron los territorios y fundaron las tribus. Los manes los adoraban y se inclinaban a su paso, y los Dioses gobernaron con sabiduría y justicia.

Pero los manes son como lobos. En sus pechos habita la desconfianza y la pereza. En sus vientres anidan las pasiones de los salvajes que un día fueron. Los Dioses se disgustaron por sus muchas faltas y dijeron: «Nuestro tiempo termina. Debemos irnos. Pero no os dejaremos solos. Estos son los Celes⁵, nuestros hijos, nacidos de vuestra sangre y de nuestra sangre. Han aprendido nuestros secretos y ahora son sabios. Ellos sabrán guiaros».

Y se fueron para no volver nunca. Los corazones de los manes se encogieron como fruta podrida, y descuidaron sus cabellos durante muchos días porque se sentían abandonados. Los Celes gobernaban, pero eran hijos de dioses y de hembras y poseían solamente la mitad de su sabiduría. Discutían siempre cuando se les preguntaba y sus órdenes conducían a caminos opuestos. Los manes no estaban contentos y las tribus peleaban unas con otras. En la mañana y la noche solo se oía llanto.

Entonces, los Celes eligieron jefe a Erasmio, el mejor entre ellos, para que fuera su guía. En verdad era temible. Sometió a los rebeldes con su espada y restableció la paz. En verdad era poderoso. Reunió las tribus en un solo pueblo y mandó levantar Renacimiento, la ciudad de piedra donde volvería a nacer el orden. En verdad era sabio. Erasmio nos dio la Ley y dijo: «No

5 Celes: en breve veremos una explicación bastante fiable del origen de este vocablo, de la mano del propio autor.

hay por qué luchar, pues ya no hay dioses. Ahora todos somos hombres, todos queremos lo mejor para nuestros hijos, y todos respiramos el mismo aire».

Aunque de niño me gustaba este libro, por su lenguaje y por los sucesos que en él se referían, muy pronto empecé a sospechar que solo era un intento de rellenar los huecos de nuestro pasado más oscuro con una bella historia. No pude decir nada, porque habría sido castigado por mis mayores, ya que en Renacimiento, debo explicarlo, no se practicaba abiertamente ese arte que en otros lugares he conocido después como literatura imaginativa o fabuladora. Perder el tiempo inventando mitos, que pueden llevar a las mentes menos claras a confundir sueños con realidad, constituía un delito. El narrador debía ser fiel a los hechos, y los relatos que los libros antiguos contenían se consideraban ciertos; incluso los que parecían increíbles eran clasificados como intentos más o menos torpes, pero siempre sinceros, de contar sucesos verídicos. En el caso del *Libro del Fundador*, sagrado entre todos, insinuar siquiera que sus hermosas historias eran inventadas, fruto de la imaginación de algún mortal, habría sido acusar a su respetado y anónimo autor, y sobre todo a quienes difundían su obra, de algo muy grave.

Si yo no creía en las viejas historias que hablaban de divinidades, era por la misma razón que a mi maestro le gustaba indagar en ellas: porque no podía evitar interpretarlas, pues es verdad que nadie puede, como él solía repetir. Pero a diferencia de Mika, capaz de ver entre las sombras, mi poco ejercitado intelecto pretendía deducir la falsedad de todo el texto a partir de una sola incoherencia en cualquiera de sus partes. Que los hombres fueran alguna vez los salvajes descritos en ese fragmento me parecía poco probable, aunque no imposible; pero desde luego era inverosímil que los dioses hubieran venido, fundado nuestro pueblo, y desaparecido después. ¿Por qué nadie que yo haya conocido los ha visto nunca? ¿Y por qué no siguen entre nosotros, si *la muerte no les alcanzaba*? Porque se fueron, según la leyenda. Convenientemente, para explicar su marcha, se nos cuenta que estaban disgustados por nuestras muchas faltas, y que decidieron irse, aunque no sin dejar aquí a sus hijos para que nos

gobernaran. Y esto era para mí la prueba que necesitaba, la demostración de que nunca existieron tales dioses, unos seres supuestamente tan sabios, pues si los hombres *son como lobos*, como también el texto afirma y en mi corta experiencia ya me constaba este hecho, ¿qué sabio sería el que pretendiera verlos actuar como corderos?

Pero ahí está la leyenda, y algo cierto se esconde bajo sus adornos. Al menos cuenta que los hombres, los manes, fueron gobernados por los Celes, hijos de los dioses, y que *sus órdenes conducían a caminos opuestos*. Y la verdad es que cuando yo nací también había en Renacimiento dos clases principales de personas, con las mismas tareas e idénticos nombres que en la historia de Erasmo. El pueblo llano, la mayoría de mis compatriotas, son llamados *manes*⁶, palabra en lengua vulgar que designa a los hombres y mujeres considerados trabajadores manuales; es decir, los que viven del esfuerzo físico, y se ganan la vida como campesinos, comerciantes, pescadores, artesanos o sirvientes... Hay otra clase exclusivamente masculina, a la que el habla popular denomina *celes*, con minúscula, y que es la minoría gobernante. Estos dos grupos solo en parte se asemejan a los descritos en los relatos legendarios, por supuesto, pero junto con otro que trataré más tarde, el de los hombres de armas, definen a grandes rasgos la sociedad renacentista de mi época.

Los celes son conocidos también como *erasmios*, voz culta que alude al héroe del mito, Erasmo El Grande o Erasmo El Fundador, pues de ambos modos se le nombra, y constituyen una organización jerárquica muy poderosa, la Erasmia, formada solo por varones, que se agrupan en distintos colegios dedicados a la búsqueda del saber y al perfeccionamiento intelectual. Existen tantos colegios erasmícos como disciplinas puedan imaginarse, y en número cada vez mayor, porque el Conocimiento ansía y debe crecer indefinidamente. Cada colegio mantiene una o varias obras de aprendizaje, en las que sus colegiados trabajan con ahínco. Los del Colegio de Narradores escriben muchas cosas, pero dedican la mayor parte de sus vidas a leer y divulgar el *Libro del Fundador*, uno de los más valiosos, como ya he dicho. Pero hay otros sin los que no pueden entenderse las peculiares características de los erasmios, que nombraré

6 Manes: en la lengua y época del autor tenía una acepción distinta, con connotaciones sociales, clasistas e incluso sexistas, como veremos, de la recogida en la nota 2.

en estas páginas: el *Diccionario*⁷, que recoge la mayoría de las palabras cultas y sus posibles significados; la *Gramática*, donde se establece cómo construir las frases con que nos comunicamos; la *Ortografía*, que dicta cómo ha de escribirse cada voz correctamente. En ellos yacen los rudimentos de la lengua de mi pueblo, y por tanto de nuestra cultura.

Quiero insistir en que los celes de mi tiempo, a pesar de llevar el mismo nombre que los legendarios, no tienen ningún parentesco con los dioses, sino que son humanos, e iguales a los demás hombres, aunque sí tengan llamativas habilidades: curar enfermedades, mejorar cosechas y ganados, proyectar minas para extraer metales de la tierra... Y otras muchas cosas útiles, sin contar que unos pocos de ellos dirigen los destinos de mi patria. A cambio de estas labores, los manes les pagan la décima parte de sus bienes, y los veneran y ensalzan públicamente. Pero es un tributo en cierto modo lógico, consecuencia de sus actos, y no causado por ningún hipotético linaje divino, pues cualquier hombre tiene la oportunidad de ingresar en la Erasimia, porque la Ley establece que todo niño varón de cualquier familia y lugar puede ser seleccionado para convertirse en aspirante y, estudiando durante años como tal, ordenarse algún día erasmio. Esto fue lo que me sucedió a mí, que no descendo de ningún dios, sino de un diezmador local⁸, y con solo ocho años fui alejado de los míos para ir a una escuela donde me dijeron que aprendería todas las cosas; a mí, que algún día moriré con la seguridad de no haberlas aprendido y de ser tan humano y mortal –lo digo recordando a Mika– como mis difuntos mayores ya han demostrado.

Además de los libros anteriores, quiero mencionar la *Aritmética*, que enseña el uso de los números para contar y calcular, y la *Geometría*, útil para deslindar terrenos y trazar mapas, y que ambos libros los comparten distintos colegios, como son el de Contadores y Medidores, el de Cartógrafos, y el de Constructores, sin los cuales la vida no sería cómoda ni fácil. El *Libro de la Salud* es propio del Colegio de Sanadores y Herbolarios, formado por quienes se ocupan de curar enfermedades

7 Parece que el autor habla realmente de un diccionario, aunque destaca la palabra como si fuera el título de una obra. Esto ha llevado a suponer que solamente existía uno en Renacimiento, tal vez el único admitido como «oficial». Lamentablemente, no nos consta. Tampoco, los demás títulos que, del mismo modo, incluye en este párrafo y en páginas siguientes..

8 Diezmador local: recaudador del diezmo (la décima parte de las ganancias) en una población.

y heridas tanto de hombres como de bestias, junto con el *Libro de las Plantas, los Hongos y los Animales*, que pretende catalogar los seres vivos del mundo. Se dice que todas estas obras nos fueron regaladas por los dioses el día de su partida, y que nuestra obligación es engrandecerlas, aportar a ellas los conocimientos obtenidos con nuestras propios esfuerzos. Así, todos los colegios, los que he anotado ya, y otros muchos que harían estas páginas interminables si me propusiera nombrarlos, se afanan en hacer que los textos vayan creciendo, para dejar a la posteridad algo mejor de lo que nosotros recibimos. Aunque en algunos casos esto no fuera posible ni deseable, como en el mencionado *Libro del Fundador*, por su carácter supuestamente sagrado.

Los títulos de las obras que he citado coinciden con los nombres de las disciplinas que se cultivan en el Colegio de Filósofos y Enseñantes, puesto que la educación infantil es la principal actividad de sus miembros. Esta tarea no se ejerce solamente en las escuelas con los aspirantes a erasmios, sino también con todos los niños de todas las poblaciones de Renacimiento y de sus provincias, pues la Ley otorga a cualquier ser humano sin distinción de cuna el derecho de adquirir al menos una educación básica. Esta posibilidad, que después he podido comprobar no se da en ninguna otra civilización de las que existen o antes de la nuestra existieron, constituye una de las grandes virtudes de la sociedad en que nací, aunque sospecho que también puede ser la causa de uno de sus mayores defectos, que después podré explicar adecuadamente.

Algunos de mis paisanos, los que pretenden vincular nuestras stirpe a aquellos hijos de los dioses que la leyenda llama *Celes*, defienden que este nombre alude a un origen celestial⁹, ya que se dice entre el vulgo que los dioses vinieron «de lo más alto». Personalmente, siempre lo he juzgado una afirmación gratuita, porque jamás en el *Libro del Fundador*, ni en ningún otro conocido, se menciona de dónde provenían. ¿Del cielo? Una fabulación de mentes demasiado imaginativas o poco rigurosas, que no puede considerarse siquiera interpretación de los viejos libros, ya que ninguno lo sugiere. Además, es una idea absurda. He visto caer muchas cosas del cielo, desde la lluvia, la nieve o el granizo, hasta el cadáver de

9 Celes: el autor usa el término *celestial*, que en su lengua, como en español, significa «procedente del cielo» o «perteneciente al cielo».

algún ave, y una vez incluso una estrella radiante cayó ante mis ojos, pero al llegar a tierra no era en apariencia muy distinta de un simple guijarro. Con esto quiero decir que no creo en dioses, como tampoco puedo creer que estos, de haber existido, vinieran de otro sitio que no fuera algún país de los muchos que ahora sé que hubo en el mundo.

Pero Mika me enseñó a averiguar qué significan las palabras, y también a dilucidar su procedencia, y tras estudiar muchas lenguas he comprobado que en todas ellas hay una especie de inteligencia olvidada en los nombres más antiguos, los que nuestros antepasados inventaron para referirse a las cosas inmediatas de su entorno. Ahora creo que el origen del término *celes* está relacionado con la labor que los erasmios ejercemos, que no consiste en desempeñar tareas físicas, sino intelectuales, y deduzco que puede ser una contracción de *celebros*, pronunciación errónea del plural de *cerebro*¹⁰, el rasgo característico que presumimos nos distingue del resto de los hombres. Para descubrirlo, no he tenido más que recordar los versos de una antigua canción infantil que todos mis compatriotas conocen, y que sin duda han cantado cuando jugaban de niños:

*aunque para usar los dientes
no apacientan el ganado,
ni arrojan al mar las redes
ni labran sus propios campos,
el cerebro de los celes
es bastón, caña y arado:
viven de sudar la frente
sin que se cansen sus brazos*

Ahí reside la razón por la que el pueblo, siempre sabio, e ignorante al mismo tiempo de su sabiduría, nos llama de ese modo. Creo que la estrofa prueba mis deducciones, y la he incluido por eso, pero también

¹⁰ Cerebro: en lengua renasca *cerebro* se pronunciaba vulgarmente «celebro»

porque expresa a su manera una realidad importante: que los celes, a diferencia de los manes, no han de trabajar con sus manos para ganarse el sustento. Algunos incluso dejan crecer sus uñas hasta tenerlas de un metro de largas, en clara señal de que ningún esfuerzo físico se les exige. Aunque no todos están ociosos, pues ocupan los puestos de mayor responsabilidad en aldeas, ciudades y provincias, ofreciendo su famosa destreza mental y sus probados conocimientos en materias vitales para el individuo y la comunidad, como la salud, la educación, la economía y la justicia, y dirigen así todos los asuntos públicos. Por su parte, los manes deben seguir sus órdenes y pagar el tributo. Es una división de las tareas que siempre me pareció justa, al menos en teoría, mientras viví en Renacimiento.

Además de los trabajadores de ambos sexos, y de la clase intelectual exclusivamente masculina que ya he descrito, hay un grupo también compuesto por varones y beneficiario del diezmo, que las leyendas apenas nombran a pesar de su tremenda importancia. Me refiero a los guardias, escoltas, guerreros en definitiva, que existen en toda nación, y que en la mía siempre fueron numerosos. Reciben el nombre de *guachis* o *guachimanes*, que antaño se decía *cuasimanes*, porque no son celes ni tampoco manes, sino «casi manes», hombres que trabajan con sus manos, pues la lucha requiere un esfuerzo físico, pero que no pueden ser considerados simples obreros por dedicar sus vidas al honorable arte de la guerra¹¹. Como los demás, pasan una buena parte de su niñez y juventud preparándose para ser erasmios, aunque no llegan nunca a consumir la ordenación, sino que siguen el camino paralelo de las armas. Perciben también una parte del tributo debido, son muy respetados por todos, y siempre bajo el mando de los celes, a quienes obedecen y protegen, en las aldeas y ciudades hay guachis que velan por la conservación del orden público evitando o reprimiendo delitos; otros muchos prestan servicio en las legiones, y entonces se les llama también *milicos* o *legionarios*.

Así parecía ser la sociedad renasca en la época que empezó mi ya lejana adolescencia, y que marca también el comienzo de este relato. Entonces,

11 El autor introduce una etimología errada (*cuasi manes*), aunque sus intentos son ciertamente loables. *Guachimán* es una transcripción a escritura renasca de la pronunciación de la palabra *watchman*, que significaba en anglo «vigilante» (También. en inglés antiguo).

Renacimiento era la esplendorosa ciudad de piedra que apenas apunta la leyenda. Con dos arcos por los que el río Amigo la atravesaba de Noroeste a Sudeste, y numerosos puentes que unían uno y otro lado, en aquellos días tendría más de treinta mil almas habitando casas y palacios, que formaban calles y avenidas dentro de sus altas murallas. Al norte de la ciudad se encuentran las montañas Brumosas Orientales, siempre nevadas e inhóspitas, donde nace el río Amigo, que discurre hacia Levante plácidamente entre poblaciones fluviales, hasta desembocar en el Mar Infinito, con sus agradables aldeas costeras. Por el interior, las tierras cultivadas y las granjas se extienden desde la capital hasta el límite natural sur, el río Verde. Al oeste de la ciudad, las Brumosas Centrales, donde media docena de fortalezas antaño vacías y olvidadas se habían convertido en aisladas escuelas para aspirante, en las que hombres y niños llevaban una vida de trabajo, estudio y meditación.

Pero la influencia de Renacimiento no se limitaba a estas tierras que le eran propias, sino que dominó otros pueblos extranjeros, a los que exigía tributo ya desde los tiempos del legendario Erasmio El Grande. Al menos eso cuenta otra parte del *Libro del Fundador*, donde se refiere la ampliación de nuestras fronteras:

Esta es la historia de Erasmio, que gobernó Renacimiento con justicia y sabiduría.

En verdad fue poderoso. Sus legiones recorrieron todos los caminos que había en el mundo, doblegando a quienes encontraban a su paso. Fundó los reinos de Entraguas, Lagos y Salinas, y erigió las fortalezas que las gobiernan. Desde el Norte hasta el Sur todas las tierras rendían obediencia a Erasmio para gloria de su pueblo. Solamente el Altiplano permanecía libre de su huella, y Erasmio lo ambicionaba.

En verdad fue valiente. Se adentró en la vasta región con sus hombres para conquistarla o morir en la empresa. Dicen las can-

ciones que Erasmio venció a la Meseta y allí levantó un imperio. Dicen las canciones que la Meseta venció a Erasmio y allí encontró la muerte. No hubo noticias ni regalos. No volvió nunca. Sus hermanos eligieron entre ellos un Alto Erasmio, en honor de su hermano ausente y de su grandeza, para que los gobernase.

En verdad será recordado. Las mujeres soñarán en la noche con el hermoso guerrero y los niños cantarán por siempre sus hazañas y los hombres dirán con respeto su nombre hasta el fin de los tiempos.

Esta es la historia de Erasmio, que gobernó Renacimiento con justicia y sabiduría.

También en este fragmento hay visos reconocibles de verdad. Menciona el Altiplano, muchas veces también llamado Meseta, una vasta región que mis paisanos consideraban erróneamente desértica y cuyo horizonte la vista no parece alcanzar. Se extiende de Norte a Sur, desde las Montañas Brumosas hasta los inaccesibles acantilados de Urut, que se descuelgan sobre el Mar Infinito, y sus bordes orientales lindaban con nuestras fronteras, pero nadie conocía los occidentales, y pensábamos que crecía hacia Poniente sin fin, pues no había en mis tiempos datos dignos de crédito y nadie osaba adentrarse en aquellas tierras. Entre otros rumores, se decía que las tribus nómadas la recorrían durante el día, y que los campamentos nocturnos, formados con sus carros y tiendas, abundaban más que las pocas aldeas y ciudades existentes. Yo sé por experiencia que esconde muchos secretos, algunos que mi maestro y yo hemos podido desvelar y otros insondables, y que resulta difícil sobrevivir a los peligros que acechan en ese extenso territorio. Permanecía sin amo, no era una provincia de Renacimiento, y parece tan lógico que Erasmio deseara conquistarla como que no lo lograra.



La leyenda también habla de Entraguas, Lagos y Salinas, que en su origen fueron estados independientes, dirigidos por reyes y otros señores de la guerra. Antes de que yo naciera ya se habían convertido en provincias renacentistas, sujetas a nuestra Ley, y cada una estaba regida por un gobernador –también llamado *metropolitana*, porque representaba a la metrópoli– que era miembro de la Erasmia, por supuesto. Intentaré describirlas y decir de ellas con palabras, brevemente, lo que los mapas no pueden.

Al este de la Meseta, la provincia más cercana a Renacimiento, al sur de esta y de sus tierras anejas, tiene el nombre de Entraguas, porque las aguas de los ríos Verde y Plata, que nacen en las montañas Brumosas Centrales y van separándose y descendiendo suavemente hasta el mar oriental, dejan a su paso un hermoso valle, rico en vegetación y en amables gentes que cultivan la tierra o crían el ganado. La madera de sus bosques es muy apreciada. Sus pueblos de piedra son tranquilos, soleados o lluviosos y con árboles que dan sombra o cobijo según los caprichos del cielo, además de frutas de toda especie. Su capital es la ciudad de Entrerríos. Junto a la costa, hay algunas aldeas de pescadores.

Al sur del río Plata se encuentra la provincia de Lagos, así llamada porque hay en ella más de diez lagos de distinta extensión, y tiene como capital Laguna, de fama inexpugnable. Sus riquezas son muchas, entre las que se cuenta el ganado bovino que sus verdes pastos permiten engordar fácilmente. La hospitalidad de sus gentes, labradores y pastores, es bien conocida: los hombres comparten su vino y las mujeres ofrecen leche y miel al viajero. También hay aldeas pesqueras en la costa levantina.

Salinas, mi tierra natal, es la provincia más meridional y costera, y también la más grande en extensión. Comienza en el curso del río Sales, y avanza por el Este y el Sur hasta el Mar Infinito; por Poniente, termina en el Altiplano, como las otras. Hay en ella muchas aldeas que, siendo pequeñas, pueden compararse en riqueza a grandes ciudades de las otras provincias, pues sus explotaciones de sal y de otros minerales producen objetos muy valiosos para el comercio. En el curso del río Central se yergue su capital amurallada, con el mismo nombre que la provincia, donde en mi época tenía su sede el Gobernador.

Ahora que he podido comparar, creo que la renacentista era una sociedad cerrada por diversas causas, y una de ellas probablemente fueran las características geográficas de nuestros territorios. Aislada al Norte por las Brumosas, al Oeste por el Altiplano, y al Este por el Mar Infinito, durante mucho tiempo vivimos cultivando nuestras propias costumbres y sin siquiera pensar que pudiera haber otros pueblos civilizados en el mundo. También creo que nos gustaba este aislamiento. Si las leyendas que hablaban de gloriosos conquistadores tenían algo de cierto, estos se habían quedado en el remoto origen de los tiempos, pues la Erasmia no estaba precisamente ansiosa de aventuras ni de extender sus dominios. ¿Hacia dónde? ¿Por el Mar Infinito? Para los renacentistas, y para mí en aquellos años, este hacía honor a su nombre y nadie se sentía tentado por él, con excepción de algunos pescadores, que únicamente faenaban cerca de la costa; así que no se desarrolló jamás en mi país el arte de la navegación ni hubo nunca marina de guerra ni mercante, que en otros pueblos he conocido. En cuanto al Altiplano, nos daba miedo. Las legiones protegían las fronteras que lindan con esta región de posibles incursiones de pueblos nómadas que, se decía, habían atacado algunas veces en el pasado, pero creo que era más el deseo de permanecer aislados, o de ocultar nuestras propias fechorías culpando a otros, que el de conjurar una verdadera amenaza.

Quiero añadir que nuestra organización estatal fue siempre motivo de orgullo. A diferencia de otras naciones que tuvieron monarquías, como las mismas provincias antes de ser dominadas por Renacimiento, nosotros no vivíamos bajo la voluntad de un rey o el capricho de un tirano, sino que nos regíamos por el *Libro de la Ley*, un compendio escrito de normas de conducta que ordenaba nuestras vidas desde la cuna hasta la tumba, y que pretendía otorgar a los seres humanos tanto obligaciones como derechos. En él se establece que debe gobernarnos el Consejo de Doctos, órgano constituido por los hombres más ilustres del país, pues cada docto es la máxima autoridad del colegio erasmio a que pertenece, y ha sido puesto en su cargo vitalicio por votación de los colegiados. Sobre el Consejo recaía la responsabilidad de resolver todos los asuntos de interés público, además de escoger entre sus miembros al mejor de ellos para ser Alto Erasmio, nuestro máximo dirigente, cuya obligación

principal consistía en ejecutar las decisiones del Consejo, y que tenía el privilegio de nombrar a los gobernadores provinciales. Esta era una elección que debía tomarse con cuidado, pues Renacimiento dependía económicamente del tributo aportado por las provincias, y por tanto de la lealtad de sus dirigentes, hombres muy poderosos, puesto que mandaban sus propias legiones. Me parece lógico preguntarse por qué ninguno de ellos intentaba rebelarse y no pagar lo que se le exigía, aunque la verdad es que yo no me preocupaba demasiado de estas cuestiones en mi adolescencia. De haberlo hecho, mi respuesta habría sido que la Ley prescribe que un erasmio debe obedecer ciegamente a sus superiores. Ahora lo considero una ingenuidad, pues reconozco que hay otra verdad, menos noble, que ha condicionado mi vida y la Historia, y que debe ser contada. Pero en aquellos días yo era inocente. O, mejor dicho, todavía no había dejado de serlo.

A lo largo de este relato reproduciré artículos del *Libro de la Ley*, también de autor anónimo, aunque se atribuya a Erasmo el Grande su redacción, porque sé que de las leyes pueden deducirse las costumbres de un pueblo. En él se recoge algo que ya he mencionado, al menos en parte: que cualquier muchacho varón, al cumplir los ocho años, se sometía a una prueba de capacidad cuyo resultado decidía si el niño debía o no convertirse en erasmio. Si era considerado apto, se le enviaba a una escuela para aspirantes situada en la ciudad de Renacimiento o en las Brumosas, a muchos kilómetros de su hogar y de los suyos. La razón de este alejamiento era, nos decían, evitar que el contacto con su familia pudiera distraerle de sus estudios. Pero no había en ello un solo sentido, como ocurre con muchos de los actos de la Erasmia, y cuando el muchacho crecía y se convertía en erasmio, sus costumbres eran renacentistas, y su educación en el respeto y obediencia a sus superiores influían sobre él más que los sentimientos que pudiera albergar hacia una patria que le era desconocida y unos familiares casi olvidados. Además había otra razón, todavía más oscura, que tampoco suele divulgarse: hijos de manes y de celes vivían en estas escuelas, y entre ellos también los hijos de los gobernadores y de otros importantes provincianos; Renacimiento tenía en ellos poderosos argumentos para convencer a sus padres de que la fidelidad era más ventajosa que la rebeldía.

En Coque, una de las pequeñas poblaciones de Salinas, vine yo al mundo. Mi padre se llamaba Edmundo y yo nací en martes, por lo que me fue impuesto el nombre de Martes Edmundo, siguiendo nuestras costumbres. Fui el único varón, y supongo que largamente esperado, o tal vez solo una sorpresa, ya que nací doce años después que la menor de mis tres hermanas, a las que apenas recuerdo. Aquel día podía haber sido jubiloso para mi padre, pues los renascos suelen desear hijos varones, pero supongo que a él le parecería el más triste y trágico de su vida y de la mía, porque mi madre murió durante el parto. No llegué a conocerla, y ella a mí tampoco, y apenas sé de ella que se llamaba Lisa.

Tampoco puedo decir mucho más de los primeros años de mi infancia. Conservo imágenes, fragmentos, retazos de conversaciones... Me veo jugando en el patio de casa con los sirvientes, comprando con ellos en los almacenes de abastecimiento, o acudiendo a la plaza mayor de Coque para recibir la educación obligatoria con los demás niños de la aldea... Hombre muy serios vestidos con largas túnicas nos hablaban cada día de las portentosas hazañas que habían realizado nuestros antepasados y de los dioses que fundaron nuestra patria, así como de nuestra lengua, y de los números con que se pueden contar manzanas o nueces... Supongo que fueron días felices, semejantes a los de cualquier otro muchacho. Al menos, esa es la sensación que experimento al evocarlos.

Podría haber sido siempre así, pero no duró mucho, porque al cumplir los ocho años, como he dicho, fui separado de los míos y enviado a la lejana metrópoli, a un internado del que apenas tengo recuerdo, excepto por el tatuaje que me hicieron al llegar, prueba de que había sido admitido como aspirante. Despedirse de familia y hogar a tan temprana edad es un tormento y, aunque al cabo de un tiempo el niño se acostumbra a su nueva vida, no dejará nunca de sentir cierta nostalgia, una ausencia, como el lisiado siente la falta del miembro que le amputaron...

Estuve varios meses en aquella escuela de Renacimiento, pero en seguida me llevaron a las montañas Brumosas, donde había varios internados. No voy a describirlos porque todos, como solía decir un viejo bibliotecario ciego que conocí en uno de ellos, *se parecen hasta en lo de creerse distintos*. Diré solo que me fueron cambiando de uno a otro, varias veces, hasta que finalmente fui trasladado al rectorado de Rosa

Amarilla, la escuela principal de todas las existentes, donde poco después comenzaron los acontecimientos que me he propuesto relatar cuando, creo haberlo dicho ya, acababa de cumplir quince años.